

SOBRE EL SIGNIFICADO DEL MASOQUISMO

Domingo Víctor Boari

CCMW

Noviembre de 1995

- I. El masoquismo como derivación del sadismo
 - A) Observaciones e interrogantes
 - B) Inclusión del masoquismo en la primera concepción pulsional
 - C) Significados en las fantasías masoquistas

- II. Introducción del masoquismo primario
 - A) El masoquismo primario
 - B) Distintas formas de expresión del masoquismo primario

- III. El masoquismo en la metapsicología chiozziana

- IV. Reconsideraciones metapsicológicas
 - A) La repetición y la compulsión de repetición
 - B) El concepto de ligazón

- V. Hacia una consideración metahistórica
 - A) La ligazón en una consideración metahistórica
 - B) ¿Por qué sufrimos?
 - C) El sentido del sufrimiento masoquista.

Introducción

“En 1890, un profesor de psiquiatría de la Universidad de Viena, Richard von Krafft-Ebing, escribió, en sus *Nuevas investigaciones sobre psicopatía sexual*:

‘Estas perversiones de la vida sexual pueden ser llamadas masoquismo, ya que el célebre novelista Sacher-Masoch, en sus numerosas novelas y sobre todo en su célebre *Venus im Pelz (La Venus de las pieles; 1870)*, hizo de este peculiar tipo de perversión sexual el tema favorito de sus escritos.’

Así lo convertía en un término opuesto a sadismo, cuyo nombre procede del célebre Marqués.

Esto inmortalizó de golpe a Sacher-Masoch, lo vulgarizó en todas las lenguas del mundo, pero lo destruyó como escritor.” (Bernard, 1989)

Este trabajo, de carácter monográfico, se propone recorrer con cierto detalle los conceptos de Freud acerca del masoquismo, en lo que se refiere a su origen, su ubicación en el contexto de la metapsicología y su significado.

Sobre la base de los conceptos que hoy resumo y de otras teorizaciones del psicoanálisis, Chiozza expuso últimamente, en sus seminarios, desarrollos importantes, que unas veces subrayan y otras veces complementan y enriquecen la concepción freudiana del masoquismo.

Tengo la esperanza de que, reunidas estas ideas en un texto relativamente breve, permitan una visión panorámica que facilite su comprensión y, eventualmente, su profundización.

I. El masoquismo como derivación del sadismo

A) Observaciones e interrogantes

En el primero de sus *Tres ensayos* Freud (1905d) dedica un apartado a la consideración del sadismo y el masoquismo. Las observaciones que realiza dan lugar a **conclusiones “contradictorias”**, de modo que nos sirven de apertura para introducirnos paso a paso en el tema del masoquismo.

Define el **sadismo** como **la inclinación a infligir dolor al objeto sexual**. En tanto conducta, fluctúa entre una actitud meramente activa o incluso violenta hacia el objeto, hasta el sometimiento y el maltrato como condición de la satisfacción. Sólo en este segundo caso, extremo, merece el nombre de perversión.

Sostiene que es fácil encontrar en las personas normales las raíces del sadismo ya que crueldad y pulsión sexual se copertenecen de la manera más estrecha y que esta agresión mezclada a la pulsión sexual podría ser “una coparticipación del aparato de apoderamiento, que sirve a la satisfacción de la otra gran necesidad, ontogenéticamente más antigua.”¹

Además, el sadismo encontraría **su valor biológico** en la necesidad de vencer la resistencia del objeto sexual, de manera que respondería a un componente agresivo de la pulsión sexual que se ha vuelto autónomo y exagerado, elevado por desplazamiento al papel principal.

“...la designación de ‘masoquismo’ abarca todas las actitudes pasivas hacia la vida y el objeto sexuales, la más extrema de las cuales es el condicionamiento de la satisfacción al hecho de padecer un dolor físico o anímico infligido por el objeto sexual.”² (VII, p.144). Afirma que el masoquismo parece alejarse más de la meta sexual que el sadismo y que es dudoso que aparezca primariamente, quizás sea siempre una transformación del sadismo.

Subrayemos que según estas afirmaciones, el sadismo es la exageración enfermiza de una inclinación normal, que, como tal, posee un sentido, un valor biológico. El masoquismo, en cambio, no posee, en sí mismo tal valor: está más alejado de la meta sexual, de modo que sería incomprensible si no fuera por su referencia al sadismo, impulso originario del que deriva. **El masoquismo en sí parece opuesto a la naturaleza.**

Sin embargo, después de destacar que sadismo y masoquismo conforman un par de opuestos que habitualmente se encuentran juntos en una misma persona, afirma:

¹ En 1905, cuando Freud escribe este párrafo, no había establecido aún con claridad la diferencia entre pulsiones yoicas o de autoconservación y pulsiones sexuales. No obstante, la otra gran necesidad aquí mencionada parece ser el hambre. En efecto, los *Tres ensayos* comienzan definiendo la libido en oposición al hambre.

² El destacado de esta y de todas las citas textuales que traigo en el presente trabajo no pertenecen a los textos originales.

Es iluminador (...) que la existencia del par de opuestos sadismo-masochismo no pueda derivarse sin más de la injerencia de un componente agresivo. Por el contrario, estaríamos tentados de poner en relación la presencia simultánea de unos opuestos con la oposición de lo masculino y lo femenino, conjugada en la bisexualidad --el psicoanálisis a menudo se ve precisado a remplazar esta última oposición por la que media entre activo y pasivo--. (VII, p.145)

En base a esta afirmación, el masochismo no sería tan extraño al ser humano y se entamaría con otros polos de las oposiciones bipolares **típicas y naturales** del vivenciar sexual, la pasividad y la femineidad. Entonces, contrariamente a lo que antes dijimos, **el masochismo se entamaría con algo natural**.

También con respecto al valor del **dolor** Freud trae consideraciones, en sí muy importantes, pero que conducen a la misma conclusión "contradictoria" y dejan abierto el interrogante.

1) "El dolor se alinea junto al asco y la vergüenza, que se oponían a la libido en calidad de resistencias " (VII, p.144). Esta afirmación reúne dos conceptos freudianos. Por una parte, el concepto de **que la evitación de la recarga de la huella de la experiencia dolorosa** constituía un aprendizaje biológico fundante del aparato (Freud, 1950a). En segundo lugar el concepto de resistencias, barreras o "diques" que circunscriben la pulsión sexual dentro de límites normales, diques que si bien son fomentados por la educación están fijados hereditariamente. Freud (1905d) suele referirse a estas barreras nombrando el asco, la vergüenza y la moral. En ocasiones, sólo menciona las dos primeras. También se refiere a la compasión como dique contra la crueldad y aquí menciona el dolor como resistencia contra el masochismo.

De acuerdo a esta consideración, **hay una tendencia natural a evitar el dolor**.

2) "También se ha sostenido que todo dolor contiene, en sí y de por sí, la posibilidad de una sensación placentera." (VII, p.144-5)

"Si es lícito suponer que también sensaciones de dolor intenso provocan idéntico efecto erógeno (...) esta relación constituiría una de las raíces principales de la pulsión sadomasochista, en cuya múltiple composición vamos entrando poco a poco." (VII, p.185)

Esta segunda consideración se entrama con otro concepto, muy relevante, que Freud trae también en *Tres ensayos*: "preexisten en el organismo dispositivos a consecuencia de los cuales la excitación sexual se genera como efecto colateral, a raíz de una gran serie de procesos internos, para lo cual basta que la intensidad de estos rebese ciertos límites cuantitativos. (...) Es posible que en el organismo no ocurra nada de cierta importancia que no ceda sus componentes a la excitación de la pulsión sexual". (VII, p.186)

Si el dolor mismo puede ser una fuente de placer, **también habría una tendencia natural a buscar el dolor.**

Después de este recorrido nos parece absolutamente natural que Freud concluya afirmando que “el esclarecimiento de estas perversiones [sadismo y masoquismo] no ha sido en manera alguna satisfactorio y es posible que en ellas varias operaciones anímicas se reúnan en un efecto único”. (VII, p.145)

B) Inclusión del masoquismo en la primera concepción pulsional

En *Pulsiones y destinos de pulsión*, Freud (1915c), una vez establecida claramente la diferencia entre pulsiones yoicas y sexuales, se ocupa del destino que las defensas le imponen a estas últimas. Recorre las **tres fases** a través de las cuales el sadismo, originario, deviene masoquismo. Este proceso, afirma, depende de dos mecanismos defensivos utilizados por el yo cuando no está suficientemente desarrollado como para ejercer la represión: la vuelta hacia la persona propia y el trastorno en lo contrario (la actividad en pasividad). Los pasos son:

- a) Sadismo, acción violenta dirigida a otra persona.
- b) El objeto es resignado y la pulsión se dirige hacia la persona propia. Esto significa también un cambio de la actividad a la pasividad (una de las formas de trastorno en lo contrario).
- c) Un nuevo objeto hace ahora las veces de agente ejecutor de la moción sádica y la persona propia las de objeto pasivo. En este caso la satisfacción se obtiene porque el sujeto se traslada, en la fantasía, al puesto del agente que ejecuta la acción sádica. “Es sumamente dudoso que exista también una satisfacción masoquista más directa.” (XIV, p.123)

Freud consigna que la fase b) se observa en la neurosis obsesiva, en la que se engendra “... automartirio, autocastigo, no masoquismo”. Entiendo que esta afirmación, llamativa, se justifica porque Freud está pensando en el masoquismo como perversión en la conducta con un objeto sexual externo. Es decir, su afirmación tiene un valor nosográfico, no metapsicológico.

C) Significados en las fantasías masoquistas

En 1919, en *Pegan a un niño*, Freud (1919e) analiza en detalle la **fantasía de paliza**. En este escrito, que para Freud era un “artículo sobre el masoquismo” (Strachey, 1961), completando la descripción de los **mecanismos** que había hecho en 1915, agrega la riqueza de los **significados**.

Considera que la fantasía manifiesta escueta “pegan a un niño”, incomprendible en un primer momento “..tiene una historia evolutiva nada simple, en cuyo transcurso su mayor parte cambia más de una vez: su vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, contenido y significado” (XVII, p.181).

Describe, en primer lugar, tres fases de la evolución de esta fantasía en la niña:

- 1) Acorde al esquema trazado en 1915, considera que en su forma original era de carácter activo y sádico: **“El padre pega al niño”**.
- 2) Sólo en una segunda fase adquirió un sentido pasivo: **“Yo soy azotado por el padre”**. (Si bien este contenido nunca es recordado, en su época era “manifiesto”)
- 3) Finalmente, tras la represión, alcanzó la forma indeterminada por la que se la conoce: **“pegan a un niño”**. Desaparecen de la escena el padre y la niña fantaseadora. Esta puede aparecer como observador: “probablemente yo estoy mirando”.

Considera luego la **significación** según cada una de las fases.

- 1) La niña, enredada en las excitaciones del complejo parental, comprende que ser azotado significa una destitución del amor y una humillación. En un primer momento, la fantasía de **la época del amor incestuoso** dice: “El (el padre) me ama sólo a mí, no al otro niño, pues a este le pega”. Esta fantasía, empero, posee doble anclaje, uno sexual, el otro no: satisface los celos y también el egoísmo. Es muy improbable que a ella se anude una satisfacción onanista.
- 2) Luego, la conciencia de culpa por el triunfo sobre el rival edípico no sabe hallar castigo más duro que la inversión: “No, no te ama a ti, pues te pega”. Pero este ser azotado pronto se demuestra no sólo como castigo por el deseo genital prohibido, sino también como su “sustituto regresivo”. Es, entonces, una **conjunción de culpa y erotismo**: castigo doloroso por el deseo genital incestuoso, y, al mismo tiempo, satisfacción genital con el padre disfrazada por la regresión a la fase sádico-anal. Por eso, a partir de aquí, la fantasía se anuda a descargas onanistas y sólo en este caso es la esencia del masoquismo. Esta segunda fase prácticamente no es posible recuperarla para la conciencia y constituye una reconstrucción del análisis.
- 3) En la tercera fase la fantasía se vuelve semejante a la de la primera y parece haberse vuelto de nuevo hacia el sadismo. Pero **sólo su forma es sádica, la satisfacción que esta fantasía procura es masoquista**. Los niños indeterminados a los que alguien azota son sustituciones de la persona propia.

En el caso de los niños varones, Freud no encuentra el primer estadio --sádico-- que hallaba en las niñas. El segundo, en cambio, es prácticamente idéntico en ambos sexos y está referido **al padre**. “Yo soy azotado por el padre” equivale, debido a la regresión, a “yo soy amado por el padre”. En consecuencia, la fantasía de paliza deriva, siempre, de la ligazón incestuosa con el padre. En los varones, la tercera fase suele ser conciente bajo la forma de “yo soy azotado por la madre”.

Pese a lo que observa en los varones, concluye que el “el masoquismo no es una exteriorización pulsional primaria”, sino una trasmudación del sadismo, opinión que muy poco más tarde modificará.

Freud declara que el análisis de la fantasía de paliza proporciona “contribuciones mezquinas” a la comprensión de la “génesis del masoquismo”. En el artículo, empero, consigna otros conceptos que importa destacar:

a) **Redefinición del masoquismo.** En 1905, como vimos, Freud había dicho: El masoquismo abarca **todas las actitudes pasivas** hacia la vida y el objeto sexuales. Ahora, en cambio, afirma que:

*Pulsiones de meta pasiva son dadas desde el comienzo mismo, sobre todo en la mujer, pero **la pasividad no constituye todavía todo el masoquismo**; a este **le pertenece, además, el carácter displacentero**, tan extraño para el cumplimiento pulsional.*

b) **La fijación.** Ya en *Tres ensayos* Freud aludía a la importancia de la fijación infantil como condicionante del masoquismo cuando indicaba la conveniencia de evitar los castigos corporales en las nalgas, ya que esta forma de descarga puede convertirse en una vía colateral de satisfacción si los reclamos culturales imponen frustraciones a otras vías de satisfacción libidinal. (VII, p.176).

Aquí vuelve a señalar la importancia de la fijación infantil.

Siempre que en el adulto hallamos una aberración sexual (...) tenemos derecho a esperar que la exploración anamnésica nos lleve a descubrir en la infancia un suceso fijador de esa naturaleza. (XVII, p.180)

c) **La regresión y su motivo.** En el caso de la fantasía masoquista infantil, la represión del complejo de Edipo, por el influjo del sentimiento de culpa, no sólo vuelve inconciente la organización genital (fálica), sino que la constriñe a **una regresión a la fase sádico-anal**, regresión debida a **la endeblez de la organización genital.**

Cuando la perversión infantil continúa en la adultez puede suponerse que también en la pubertad, época de la organización genital definitiva, se reitera esta regresión:

*En efecto, con harta frecuencia hallamos que también estos perversos, por lo común en la pubertad, han iniciado un esbozo de actividad sexual normal. Pero **no tuvo suficiente vigor**, se lo resignó ante los primeros obstáculos --que nunca faltan--, y luego la persona retrocedió definitivamente a la fijación infantil. (XVII, p.189)*

d) **Motivo de la trasmudación del sadismo en masoquismo.**

[La mudanza] se produce de manera necesaria porque a la conciencia de culpa le escandaliza tanto el sadismo como la elección incestuosa de objeto entendida en sentido genital. (XVII, p.191)

e) Manifestaciones en el carácter y los síntomas

Los seres humanos que llevan en su interior esa fantasía muestran una particular susceptibilidad e irritabilidad hacia personas a quienes pueda insertar en la serie paterna; es fácil que se hagan afrentar por ellas y así realicen la situación fantaseada, la de ser azotados por el padre, produciéndola en su propio perjuicio y para su sufrimiento. No me asombraría que alguna vez se demostrara que esa misma fantasía es base del delirio querulante paranoico. (XVII, p.192)

II. Introducción del masoquismo primario

Más allá del principio del placer, escrito por Freud en 1920, significa un punto de inflexión en su teoría. El principio de placer, explicación que lo había guiado desde los orígenes del psicoanálisis, comenzó a evidenciarse como un supuesto insuficiente para elucidar algunos fenómenos. El juego infantil, las neurosis traumáticas y algunos aspectos de la transferencia exigen explicaciones que van **más allá del principio del placer**. Postergaremos por un momento la consideración de algunos conceptos de Freud, como el de compulsión de repetición y el de ligazón, para ir directamente a su nueva conceptualización pulsional.

Freud, en “un intento de explorar consecuentemente una idea, por curiosidad de saber adónde llega”, desembocó, especulativamente, en una nueva dualidad pulsional: la pulsión de vida y la pulsión de muerte. “La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón; la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo. (...) [y] su meta última transportar lo vivo al estado inorgánico.” (Freud, 1940a, XXIII, p.146).

Postulado el concepto de pulsión de muerte, Freud aceptó la posibilidad de la existencia de un masoquismo primario, que, como vimos, hasta ese momento descartaba. **El masoquismo ya no será atribuido a la reversión del sadismo contra la persona propia. Esta supuesta reversión muestra ser, en realidad, “una regresión”, “un retroceso a una fase anterior”**. De este modo el masoquismo encuentra en la teoría un nuevo fundamento, más natural y originario.

Esta idea, sólo insinuada en 1920, será desarrollada con amplitud, cuatro años más tarde, en *El problema económico del masoquismo*, artículo en el que Freud (1924c) trata de manera más completa el tema del que nos ocupamos, y en el que integra el concepto de masoquismo dentro de la nueva concepción pulsional.

A) El masoquismo primario

El nuevo concepto de “**masoquismo primario, erógeno, el placer de recibir dolor**” exige, para ser comprendido, adoptar ciertos supuestos, dice Freud. Se refiere, en primer lugar, a la tesis que ya había expuesto en *Tres ensayos*: la sexualidad nace como un efecto colateral de una gran serie de procesos internos cuando estos rebasan ciertos límites cuantitativos, de tal manera que, quizás, todo aquello de cierta importancia que ocurre en el organismo ceda sus componentes a la excitación de la pulsión sexual.

Según eso --agrega Freud--, también la excitación de dolor y la de displacer tendrían esa consecuencia. Esa coexcitación provocada por una tensión dolorosa y displacentera sería un mecanismo fisiológico infantil que se agotaría luego. En las diferentes constituciones sexuales experimentaría diver-

... los grados de desarrollo, y en todo caso proporcionaría la base fisiológica sobre la cual se erigiría después, como superestructura psíquica, el masoquismo erótico. (Freud, 1924c, XIX, p.169)

Sostiene sin embargo que esta explicación es insuficiente porque no puede dar cuenta del vínculo regular e íntimo del masoquismo con su contraparte el sadismo. Considera necesario un segundo supuesto, el de la pulsión de muerte.

La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desempeña desviándola en buena parte (...) hacia afuera, dirigiéndola hacia los objetos del mundo exterior. (...) Otro sector no obedece a este traslado hacia afuera, permanece en el interior del organismo y allí es ligado libidinosamente con ayuda de la coexcitación sexual antes mencionada; en ese sector tenemos que discernir el masoquismo erótico, originario. (XIX p.169)

Para Freud la existencia del masoquismo constituía un “problema económico”, porque **si el dolor y el displacer dejaban de ser advertencias para convertirse en metas**, el principio de placer, guardián de la vida, quedaba por así decir, narcotizado.

Por eso, al comenzar este artículo sobre masoquismo Freud establece la diferencia entre el principio constancia o de Nirvana y principio de placer, que hasta ese momento consideraba equivalentes.

“El principio de Nirvana expresa la tendencia de la pulsión de muerte”, la tendencia a descargar completamente el sistema. Esta tendencia a la descarga hubo de experimentar una modificación para llegar a ser principio de placer, porque el placer no puede ser mera descarga de cantidad, implica algún tipo de cualidad. El poder capaz de imponer una modificación semejante fue la pulsión de vida, la libido, de manera que **“el principio de placer subroga la exigencia de la libido”**

Cuando estos principios pueden conciliarse, se obtiene, por un lado una rebaja cuantitativa de la carga de estímulo --pulsión de muerte, principio de Nirvana--, por el otro un carácter cualitativo de esta descarga --pulsión de vida, principio de placer--. (Una tolerancia provisional de la tensión de displacer responde al principio de realidad.)

Subrayemos entonces que, de acuerdo al pensamiento de Freud, una descarga sobre el yo propio de la pulsión de muerte que no estuviera ligada libidinosamente sería una autodestrucción no placentera, es decir, no masoquista. Pero no existe una descarga de la pulsión de muerte que no adquiera, por acción de la libido, un carácter placentero, erótico y masoquista. En otras palabras, **la descarga primaria sobre el yo propio de la pulsión de muerte es masoquismo primario y erótico porque ha sido ligada libidinosamente.**

En las primeras páginas subrayamos la “contradicciones” a las que llegaba Freud cuando quería establecer el carácter natural o antinatural del masoquismo. Ahora, en cambio, el masoquismo tiene su fuente natural y originaria en la pulsión de muerte. La descarga masoquista que parecía enigmática obedece a dos principios que en este caso se refuerzan entre sí: el principio de Nirvana (pulsión de muerte) **y también** al principio de placer (pulsión de vida, Eros). **Esta es a mi entender la “solución” que da Freud al “problema económico” del masoquismo.**

B) Distintas formas de expresión del masoquismo primario

A lo largo del desarrollo, la libido le va prestando sus “cambiantes revestimientos psíquicos” al masoquismo primario.

La angustia de ser devorado por el animal totémico (padre) proviene de la organización oral, primitiva; el deseo de ser golpeado por el padre, de la fase sádico-anal, que sigue a aquella; la castración, si bien desmentida más tarde, interviene en el contenido de las fantasías masoquistas como sedimento del estadio fálico de organización; y, desde luego, las situaciones de ser poseído sexualmente y de parir, características de la feminidad, derivan de la organización genital definitiva. (XIX p.170)

La fase siguiente es la del masoquismo moral, cuando ya sepultado el complejo de Edipo, la relación sadomasoquista ocurre con una instancia más impersonal, el superyó, de modo que pierde importancia la persona amada como fuente del padecer masoquista: “el padecer es lo que importa; no interesa que lo inflija la persona amada o una indiferente. (...) el verdadero masoquista ofrece su mejilla toda vez que se presenta la oportunidad de recibir una bofetada.”

En el caso del masoquismo moral la consecuencia de la regresión es muy llamativa:

La conciencia moral y la moral misma nacieron por la superación, la desexualización, del complejo de Edipo; mediante el masoquismo moral, la moral es resexualizada, el complejo de Edipo es reanimado, se abre la vía para una regresión de la moral al complejo de Edipo. Y ello no redundaría en beneficio de la moral ni del individuo. Es verdad que este puede haber conservado, junto a su masoquismo, su eticidad íntegra o cierto grado de ella, pero también es posible que en el masoquismo naufrague buena parte de la conciencia moral. (XIX p.175)³

³ En este punto Freud consigna una diferencia entre sadismo del superyó y masoquismo del yo. Por una parte, la diferencia no me resulta clara y por otra yo no alcanzo a comprender las posibles implicancias que tendría el establecerla.

III. El masoquismo en la metapsicología chiozziana

Chiozza (1963), a partir del concepto de energía única en sí indiferente mencionado por Freud y considerando la conveniencia de una teorización más simple y no por eso menos profunda, concibe la posibilidad de imaginar **una energía única que adquiere su significado de acuerdo al destino que pueda otorgarle el yo**.

En síntesis la hipótesis de Chiozza puede resumirse así: Es posible pensar en una energía única, en sí indiferente que en "primer lugar" se descarga, como **interés del yo**, tanto en la organogénesis y el desarrollo corporal como en las funciones fisiológicas. También puede ser llamada **libido narcisista** cuya descarga se manifiesta como crecimiento. En este caso, la identificación toma el lugar de la elección de objeto. (Corresponde, en el primer esquema de Freud, a la energía de las pulsiones del yo).

En "segundo lugar", cuando, como decía Freud, la excitación sobrepasa cierto límite y no puede agotarse en el funcionamiento de los órganos, da lugar a la sexualidad o libido (de objeto). Se manifiesta bajo todas las formas de sexualidad que ha estudiado el psicoanálisis y su expresión directa más evolucionada es la libido genital al servicio de la reproducción.

Hasta aquí, hay coincidencia con Freud: la energía de las pulsiones yoicas -- interés o libido narcisista-- más la energía de la pulsión sexual --libido de objeto-- constituyen la energía de Eros, que tiende a unir, ligar, configurar unidades más complejas.

Pero lo más novedoso de la hipótesis de Chiozza se basa en el concepto de estancamiento libidinoso sustentado por Freud (1914c). Sostiene entonces que, en "tercer lugar", "aquellas cargas eróticas que no logran ligarse a través de un crecimiento armónico, o descargarse a través de la capacidad efectora del yo y se acumulan más allá de un cierto límite, constituyen los potenciales del instinto de muerte y actúan como un tóxico tanatizando a los órganos que han sido su fuente o a las estructuras corporales vecinas". (Chiozza, 1963, p. 166).

En síntesis, los estímulos que el yo es capaz de ligar constituyen los potenciales de las pulsiones de vida. Los estímulos que superan la capacidad del yo tienen un efecto desorganizador, traumático o tóxico, y representan la energía de la pulsión es de muerte.

Para Chiozza, los estímulos pueden ser descriptos como energéticos (materiales) o ideales, y equivalen a lo que Freud llamó nuevas diferencias vitales que deben ser agotadas en el proceso de vivir. Pero cuando estas diferencias son excesivas resultan traumáticas; desorganizan al yo hasta un punto que ya no son vitales sino "de muerte".

Si bien Chiozza, según creo, no ha vuelto a escribir sobre esta teorización acerca de las pulsiones, la aplica con tanta frecuencia en sus seminarios y participacio-

nes en reuniones científicas que, sin duda, forma parte del esquema metapsicológico que considera más útil.

Además, si yo no entiendo mal las ideas de Chiozza, esta consideración de las pulsiones según la respuesta que el yo sea capaz de dar es coherente con su concepto epistemológico básico, la doble (triple) organización de la conciencia (Chiozza, 1976a):⁴

1. La realidad en sí es incognoscible. El conocimiento de lo que llamamos la realidad se produce “a mitad de camino” entre eso incognoscible y la conciencia,
2. La conciencia categoriza sus contenidos como percepciones, sensaciones y recuerdos, y de acuerdo a estas categorías concibe a) un mundo físico, externo, de las cosas materiales, b) un cuerpo propio, y c) un mundo psíquico, interno, ámbito de las relaciones de significación, respectivamente.
3. Más allá de la conciencia, percepción, sensación y recuerdo constituyen una unidad indivisible, pero dado que se excluyen mutuamente, en la superficie de la conciencia tomamos noticia de uno u otro aspecto alternativamente.
4. Cuando creemos estar describiendo la realidad, “externa” o “interna”, estamos describiendo una parte de nuestra propia organización conceptual conciente.

Entiendo que si aplicamos este criterio a la conceptualización pulsional, deberíamos decir que, cuando categorizamos a las pulsiones como “de vida” o “de muerte”, estamos describiendo, desde nuestra conciencia, lo que nuestro yo es capaz de hacer con “eso” que “desde adentro” nos perturba, acicatea o estimula y que llamamos pulsión.

En sus seminarios, Chiozza aplica esta hipótesis unificada de las pulsiones para explicar la fijación masoquista. Por el momento consignaremos sólo el aspecto metapsicológico, cuantitativo, de dicha fijación.

Un estímulo traumático, desorganizador, demoníaco, tanático, imposible de tramitar, etc., provoca daño y dolor en el yo. Pero el yo, desbordado, alcanza, no obstante, a defenderse y anuda o liga al daño que no puede evitar una cierta cuota de placer. (En los términos que vimos en Freud, esta cuota de placer es la coexcitación sexual que el dolor es capaz de provocar)

El trauma deja una huella tanto más profunda cuanto mayor fue el daño experimentado, una huella que incluye también la cuota de experiencia placentera que

⁴ Al comienzo Chiozza hablaba de una doble organización de la conciencia a partir de los datos de la percepción y los que “provienen de la vida interior”. Con el desarrollo de la teoría vio la conveniencia de distinguir tres contenidos de conciencia: percepciones, sensaciones y recuerdos, y por lo tanto una triple organización.

el yo, defensivamente, logró adicionarle. Esta huella constituye la fijación masoquista y, según entiendo, se apoya en el doble anclaje del dolor y del placer.

La repetición del mismo daño en una “segunda ocasión” (y en las sucesivas), buscada, provocada o tolerada por el yo, puede a su vez calificarse o no de masoquista según el resultado. Si el yo logra ligar la excitación, la repetición adquiere un valor elaborativo y reparador, de lo contrario constituye el masoquismo propiamente dicho y cada nueva repetición profundizará la huella y favorecerá la reiteración masoquista del trauma, daño o dolor con el consiguiente placer..

Lógicamente lo antedicho debe comprenderse como un **esquema** descarnado, trazado así en beneficio de la claridad conceptual. En “la realidad de los hechos” quizás sea imposible aislar “la primera ocasión” y las sucesivas.

Además, en las sucesivas repeticiones, “al principio” es difícil distinguir con claridad, salvo, quizás, en los casos más groseros, unas puramente elaborativas y otras puramente masoquistas. Suelen ser, más bien, una mezcla, aunque desigual, de ambas circunstancias. Pero “a medida que el tiempo transcurre”, la fijación se intensifica de manera que el repetir deviene cada vez más masoquista y cada repetición es una nueva ocasión para gozar con el sufrimiento.

IV. Reconsideraciones metapsicológicas

Antes de acercarnos a una consideración metahistórica del masoquismo debemos detenernos todavía un momento en dos conceptos metapsicológicos que, intencionalmente, habíamos soslayado: la compulsión de repetición y la ligazón.

A) La repetición y la compulsión de repetición

Según Laplanche y Pontalis (1968), el concepto de compulsión de repetición ha dado lugar, dentro del psicoanálisis, a una discusión confusa, que se renueva con frecuencia y que exige definirse sobre otros conceptos, como por ejemplo el de ligazón.

El concepto fue introducido por Freud (1914g) en *Recordar, repetir y reelaborar*, pero recién a partir de *Más allá del principio del placer* pasó a ocupar un lugar de importancia en las consideraciones teóricas. En los primeros capítulos de este ensayo Freud procura elucidar ciertos fenómenos repetitivos, aparentemente inexplicables. Logra justificarlos, hasta un cierto punto, como expresión de deseos y en función del principio de placer. Sin embargo, concluye que esas explicaciones son insuficientes y se ve precisado a admitir, como única solución plausible, la compulsión de repetición: una tendencia o fuerza “más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer”.

A renglón seguido, Freud se interroga sobre cuál sería la **función** de esta compulsión de repetición y, aparentemente, da una respuesta. No obstante, una lectura atenta permite observar que el interrogante permanece abierto, por cuanto la respuesta, como veremos, se aplica al concepto de ligazón más que al de compulsión a la repetición.

Muy sintéticamente la argumentación que desarrolla Freud es la siguiente: el trauma rompe la barrera protectora antiestímulo, y el aparato psíquico, inundado de excitación, debe **ligar** los montantes que fluyen desde el exterior. Este **esfuerzo por establecer un dominio** sobre los estímulos es una función que “sin contradecir al principio del placer, es empero independiente de él y parece más originaria que el propósito de ganar placer y evitar el displacer”.

En este punto es donde surge la pregunta: ¿la compulsión de repetición tiene como función promover el dominio sobre los estímulos o es mera expresión de la tendencia a la descarga inmediata y en este sentido expresión de la pulsión de muerte? Dicho de otro modo ¿se repite para ligar o se repite por repetir y el yo aprovecha de la repetición para intentar una y otra vez una ligazón que permita el adecuado funcionamiento del aparato?

Para llegar a una respuesta me parece útil y conveniente comprender la compulsión de repetición como expresión de un fenómeno más amplio dentro de la vida anímica, la repetición.

La repetición es un fenómeno tan general que indujo a Freud a establecer la naturaleza conservadora de las pulsiones. Estas “son decantaciones de la acción de estímulos exteriores que e el curso de la filogénesis influyeron sobre la sustancia viva, modificándola” (Freud, 1915c) representan “un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de **reproducción de un estado anterior**” (Freud, 1920g).

Es más habitual observar la repetición como un fenómeno del ello. El ello, sede natural de las pulsiones y sedimento de antiguas existencias del yo, constituye un saber inconciente que pugna por repetirse una y otra vez en el presente. El yo, en contacto con el mundo exterior es quien debe juzgar si esas son las circunstancias en las que debe autorizarse esa repetición. La mayor parte de las veces, el yo autoriza, con acuerdo a fines, la repetición propuesta por el ello, ya que “.. no hay enemistad natural entre el yo y el ello, que se copertenecen y, en el caso de la persona sana, prácticamente no se separan entre sí” (Freud, 1926e). En otras palabras, el yo apela a la actualización de aquello arquetípico que pervive como disposición en un “estado-ello”.

Pero la repetición es también un recurso habitual del yo. El yo es un conjunto de pre-juicios --es decir, juicios hechos con anterioridad-- que se aplican como repetición sobre las circunstancias actuales. Los hábitos y el carácter son modalidades de respuesta yoicas, repetitivas y, por cierto, no siempre inadecuadas. La aplicación de la respuesta preformada (o si se quiere, del pre-juicio) se demostrará adecuada o inadecuada según los resultados que se obtengan. Si la aplicación es adecuada, se refuerza el pre-juicio, si es inapropiada, exige una revisión y, en el mejor de los casos, un aprendizaje, es decir, un nuevo pre-juicio y un crecimiento yoico.

En este contexto más amplio de la repetición entiendo que **la compulsión de repetición es una repetición no autorizada por el yo, es decir, que ocurre más allá de la decisión voluntaria del yo. De ahí que, padecida por el yo, merezca el nombre de compulsión. Si esto es así, la compulsión de repetición, en sí misma, es una tendencia a la descarga que el yo, en principio, no puede inhibir y, como tal, es más afín a la pulsión de muerte. En otras palabras, no se repite con el fin de ligar. Sin embargo, la reiteración repetida de lo traumático puede ser utilizada por el yo a los fines de intentar una y otra vez la ligazón. Dependerá de su fortaleza que el intento sea exitoso o fracase.**

También es posible pensar que, en ocasiones, el yo provoca la repetición con la intención de intentar la ligazón. Pero en este caso, al menos desde un punto de vista subjetivo, no contituiría una compulsión.

B) El concepto de ligazón

En el sentido más amplio, ligazón es un “término utilizado por Freud para designar (...) una operación que tiende a limitar el libre flujo de las excitaciones, a unir las

representaciones entre sí, a constituir y mantener formas relativamente estables”. (Laplanche y Pontalis, 1968)

Originariamente, el concepto de ligazón se tomó de un modelo físico ya que servía para establecer la diferencia, que Freud consideraba fundamental, entre energía libre y energía ligada. En este caso, entonces, remite al aspecto económico del modelo metapsicológico y como función le corresponde al sistema preconciente o, en otro esquema, al yo

Laplanche y Pontalis (1968) señalan que en *Más allá del principio de placer* aparecen dos tipos de ligazón sin que se haga plenamente explícita la diferencia. En un sentido la ligazón sigue siendo, como en el *Proyecto*, una función del yo, capaz de influir sobre el proceso primario introduciendo la inhibición propia del proceso secundario en función del principio de realidad. Por otro, la ligazón se muestra como una función más amplia, previa incluso al primado del principio del placer. Citan a Freud cuando dice: “(..) sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio de placer (y de su modificación en el principio de realidad). Pero, hasta ese momento, el aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación, desde luego que no en oposición al principio de placer, pero independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta”.

Debemos decir, sin embargo, que ya en el *Proyecto* estaba implícita la idea de una función de ligar no exclusiva del yo. Allí, el yo es **capaz de producir** ligazones domeñando o ligando excitaciones que tienden a la descarga. Esta ligazón provoca, además, la inclusión de nuevas neuronas a la masa que constituye el yo, o sea, significan un crecimiento yoico. Pero, en el *Proyecto*, el yo mismo es **productor** de una ligazón que mantiene unidas por su acción recíproca una masa de neuronas que conservan su investidura. La ligazón precede al yo y lo genera.

En la última teorización de las pulsiones se hace bien explícito que la función de ligar no es originaria del yo, sino de la pulsión de vida, cuya meta “es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón” (Freud, 1940a).

El yo --y su tendencia y su capacidad de ligar-- son producto y expresión de la pulsión de vida: “el propósito principal de Eros de unir y ligar (...) sirve a la producción de aquella unicidad por la cual --o por la pugna hacia la cual-- el yo se distingue.” (Freud, 1923b)

A modo de conclusión sobre este tema debemos decir que la ligazón es función de la pulsión de vida, pero dado que no es concebible la expresión de una moción pulsional que no esté mediada por un yo, es el yo quien cumpliendo el mandato Eros, ejercita la función de ligar.

V. Hacia una consideración metahistórica

A) La ligazón en una consideración metahistórica

Creo que el concepto metapsicológico de ligazón admite ser “traducido” a la incipiente teorización metahistórica que propone Chiozza (1976a), y creo también que, si logramos incluirlo adecuadamente, nos permitirá representarnos mejor lo que significa ligar libidinosamente la pulsión de muerte.

En una conceptualización metahistórica, entiendo que la ligazón puede entenderse como **la función psíquica de integrar significados**.

La posibilidad del yo de “ligar” sería, entonces, la posibilidad de integrar un nuevo significado en el conjunto de creencias que lo constituyen. Una excitación adviniente no ligada, o sea, un estímulo, es, en estos términos, un “dato” o un “hecho” o una “información nueva”⁵ que “no cabe” en la configuración de significados que ese yo particular había llegado a amalgamar como sistema coherente. En otras palabras, es un elemento nuevo que rompe o pone en crisis lo que hasta ese momento se pensaba. Es decir, es algo que “**no se entiende**”, o que “**no tiene sentido**”. Sin embargo, si resulta traumático, desorganizador o inquietante es porque **se pre-siente que importa** y por eso es imprescindible encontrarle una **significación** o **sentido**. Esta comprensión del sentido no sería sólo un logro intelectual, sino que **el nuevo sentido cambiaría nuestro sentir y, en consecuencia, nuestro hacer**.

Freud afirmaba que un grupo de representaciones fuertemente investidas poseía mayor capacidad de ligar nuevas excitaciones advinientes. Constituía, dentro de un modelo físico (metapsicología), una representación de la fortaleza del yo. En los términos que estamos utilizando ahora un yo fuerte sería aquel que posee un sistema de significados complejo y coherente, pero flexible, de modo que es capaz de incluir en el sistema nuevos datos. Más fuerte aún sería si fuera capaz, también, de **reformular** el sistema de significaciones amalgamando una significación nueva, más compleja y más rica.

Así, **la capacidad de resignificar la vida, de re-signarla**, en el doble sentido de cambiarle el signo y de realizar el duelo que ese cambio siempre conlleva, es una manifestación, en términos metahistóricos, de la fortaleza del yo.

Veamos algunos ejemplos.

Desde este punto de vista, elaborar el complejo de Edipo, en lo que se refiere al sentimiento de injusticia, implica interpretar de un modo más com-

⁵ Creo conveniente aclarar que al hablar de “dato”, “hecho” o “información nueva” no quiero decir que carece de significado, pues al constituirse como tales poseen ya un significado. Sin embargo cuando la conciencia los califica de esta manera es porque el significado que poseen no es congruente con el conjunto de significaciones. En este sentido dato, hecho o información nueva equivalen a un significado aislado, parcial, o incongruente.

plejo los datos de la percepción y, a través de la disociación eidético material, distinguir en un mismo objeto material dos funciones diferentes, la madre y la esposa. Cuando, como en este caso, el significado que debe ser integrado afecta un aspecto nuclear del sistema, el yo lo experimenta como una crisis de identidad. Recordemos que la imposibilidad del yo de establecer la diferencia entre madre y esposa no es atribuible a una inmadurez “orgánica”, carente de significado. La inmadurez consiste precisamente en la imposibilidad de refrenar un deseo (fantasía optativa). (Chiozza, 1975f)

Del mismo modo, cuando Galileo enfrentó a sus contemporáneos con la necesidad de reformular sus creencias respecto de la relación entre la tierra y el sol, no fue comprendido, sus afirmaciones “carecían de sentido”. Se trataba de un significado nuevo que no tenía cabida en el sistema imperante, o si se quiere en el conjunto de pre-juicios o “yo colectivo” que conformaba el consenso de la época. También en este caso una fantasía optativa, el geocentrismo --y el antropocentrismo implícito--, es la que opone mayor resistencia a la consideración de un nuevo sistema de relaciones significativas.

En los ejemplos considerados, la integración de nuevos significados condicionó progresos para el sistema en el que se incluyeron. Pero esto no siempre es así. En nuestra necesidad, urgente, por entender, preferimos, a veces, el atajo fácil que nos lleva a destinos equivocados.

Una función intelectual que nos es inherente, exige de todos aquellos objetos de nuestra percepción o nuestro pensamiento de los que llega a apoderarse, un mínimo de unidad, de coherencia y de inteligibilidad, y no teme establecer relaciones inexactas cuando por circunstancias especiales no consigue aprehender las verdaderas. (Freud, 1912-13, citado por Chiozza, Laborde, Obstfeld y Pantolini, 1965, p. 262)

B) ¿Por qué sufrimos?

Parafraseando a Chiozza (1978b) cuando escribe sobre “la teoría que acompaña al dolor”, podríamos decir: “el hombre que sufre teoriza acerca de su sufrimiento”.

En el camino de comprender el significado del masoquismo veamos qué piensan Freud y Chiozza acerca del sufrimiento normal de la vida.

Freud (1930a), en *El malestar en la cultura*, dice:

Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. (XXI, p.76-77) Si reparamos en lo mal que conseguimos prevenir las penas de este [último] origen, nace la sospecha de que también tras esto podría esconderse un blo-

que de la naturaleza invencible; esta vez, de nuestra propia complejidad psíquica. (p.85)

Reseña, a continuación, las diversas técnicas a las que recurre el hombre sea con el fin, más modesto, de evitar el sufrimiento, sea con la meta, más ambiciosa, de alcanzar la dicha. Sin proponerse ser exhaustivo, incluye la intoxicación con sustancias embriagadoras, el refugio en el delirio y la neurosis, la elaboración de sistemas religiosos, y los recursos del arte, el amor o el trabajo.⁶

Luego sintetiza:

Para esto pueden emprenderse muy diversos caminos (...). Por ninguno de ellos podemos alcanzar todo lo que anhelamos. Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza. (XXI, p. 83)

No obstante, en la misma página, nos previene:

Toda decisión extrema será castigada, exponiéndose el individuo a los peligros que conlleva la insuficiencia de la técnica de vida elegida con exclusividad. Así como el comerciante precavido evita invertir todo su capital en un solo lugar, podría decirse que la sabiduría de la vida aconseja no esperar toda satisfacción de una aspiración única. (XXI, p. 83)

Y más adelante agrega:

*Nos vemos constreñidos a reconocer estas fuentes de sufrimiento y a declararlas inevitables⁷ (...) Pero este conocimiento no tiene un efecto paralizante; **al contrario, indica el camino a nuestra actividad.** (XXI, p. 85)*

Sin embargo:

***El éxito no es seguro, depende** de la coincidencia de muchos factores, y quizás en grado eminente **de la capacidad de la constitución psíquica** para adecuar la función al medio circundante y aprovecharlo para la ganancia de placer. (XXI, p. 83-84)*

En síntesis:

⁶ No pude resistirme a la tentación de transcribir estos párrafos de Freud sobre el trabajo. "Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta e forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que a él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confiere un valor que no le va en zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad. (...) No obstante, el trabajo es poco apreciado, como vía hacia la felicidad, por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia otras posibilidades de satisfacción." (XXI, p.80)

⁷ Esta cita textual se refiere, en realidad, a las dos primeras fuentes del sufrimiento. Sin embargo, como se puede apreciar si se continuara la lectura del texto, es aplicable también a la tercera de las fuentes que menciona, a saber, los vínculos entre los hombres.

- 1) Dada nuestra endeblez corporal y anímica, sufrir es inevitable.
- 2) Pero esto no nos amilana, por el contrario, **el sufrimiento nos indica el camino a nuestra actividad.**
- 3) Cuánto logramos evitarlo --y en el mejor de los casos cuánta dicha logramos alcanzar-- depende de nuestra constitución psíquica, es decir, de la fortaleza del yo.

Quizás pase inadvertido que estas observaciones **constituyen una teoría acerca del dolor o sufrimiento**, teoría que explica el **motivo** y nos induce a seguir determinada **conducta**.

El **motivo** del sufrimiento es nuestra endeblez corporal y anímica. Aparentemente muy sencillo, conlleva una consecuencia trascendente: no hay a quién atribuirle la culpa de nuestra debilidad y tampoco nada nos indica que el sufrimiento se genere en la intención de un otro que se proponga, con fines oscuros, hacernos daño. Proviene de “la realidad”, de aquello otro, no psíquico, a lo que no cabe atribuirle una intención.

Si este es el motivo, **la conducta o actividad** acorde es, en primer lugar, tratar de evitar el sufrimiento y, si fracasamos en el intento, insistir con recursos más ingeniosos. En segundo lugar, aprendimos que el dolor solamente puede y debe ser tolerado o bien a efectos de evitar un dolor mayor, o bien como camino, indeseado pero indispensable, para llegar a una dicha imaginada.

Cuando el resultado de nuestra actividad nos deja relativa y provisoriamente satisfechos, el sufrimiento, indeseado, terminó siendo una ocasión para crecer.

Cuando el resultado de nuestra lucha contra el sufrimiento es insuficiente, otra vez y por los mismos motivos, no tenemos a quién reprochar: El éxito y el fracaso dependen de nuestra constitución psíquica. Si el resultado no nos satisface, sólo resta volver a empezar.

Esta teoría es en su esencia depresiva y representa el polo opuesto del masoquismo. Depresiva, porque parte del reconocimiento de la “castración”, de la limitación del ser humano. El polo opuesto del masoquismo, porque exige el máximo de actividad e ingenio y no admite ningún “**valor agregado**” al dolor cuando es imprescindible pasar por él.

Sólo a modo de contraste digamos que en la religión cristiana, por ejemplo, el sufrimiento no buscado por el hombre es permitido y hasta enviado por Dios, con la **intención** de ponernos a prueba, de ofrecernos la ocasión de perfeccionarnos, o con otros designios inescrutables. A su vez, el hombre puede provocarse él mismo el dolor con el valor agregado de la expiación, de la acumulación de méritos, etc.

Chiozza (1978b), a partir de consideraciones sobre la neuralgia facial de Dora, había mostrado cómo **la teoría que acompaña al dolor conlleva una intención.**

Cuando preferimos categorizar como físico o somático un dolor es con el fin defensivo de ocultar un significado penoso. Esto es así a tal punto que si comprendemos el significado oculto en un dolor "físico", este se "transforma" en un dolor "psíquico" o pena.

Años más tarde desarrolla el tema en otro contexto:

A pesar de que solemos diferenciar claramente un dolor que llamamos "físico" de otro que llamamos "pena" o "dolor psíquico", ambos acontecimientos, en cuanto constituyen, en sus "últimas" manifestaciones, estados de conciencia, son, por su conclusión, procesos psíquicos. Por lo tanto, los adjetivos "físico" y "psíquico", cuando los aplicamos al dolor, lejos de intentar tipificar las cualidades del suceso, deben necesariamente constituir el modo en que afirmamos, implícita o explícitamente, una teoría acerca del su origen. (Chiozza y colab. 1992g)

A continuación Chiozza y colab. justifican la afirmación en la metapsicología. Ya en los textos freudianos, el dolor físico (que parte de la periferia o de los órganos internos) y el dolor psíquico (producto de la pérdida de objeto) son, desde el punto de vista de las representaciones y las investiduras, prácticamente coincidentes. La intensiva investidura de añoranza del objeto ausente crea, en el caso del duelo, las mismas condiciones económicas que la investidura de dolor del lugar lastimado del cuerpo.

La teoría chiozziana sobre el dolor --que aquí considero equivalente a sufrimiento-- es, como puede verse, una versión modificada de la postura de Freud. La modificación proviene de que en la epistemología de Chiozza, percepción, sensación y recuerdo --las tres fuentes del sufrimientos según Freud-- son vías de acceso a la conciencia. Así, lo que llamamos "la realidad", lo que Freud llama "la naturaleza hiperpotente", es lo que se opone a nuestros deseos. Desde este punto de vista, siempre que sufrimos es porque nuestros deseos superan nuestra endeblez.

Con respecto al sufrimiento Chiozza (1984a) dice:

No sufrir constituye una utopía. Precisamente por eso es importante distinguir los sufrimientos inútiles de aquellos otros cuyo producto valen la pena que ocasionan.

Cuando los deseos superan nuestras fuerzas o, lo que es lo mismo, cuando "la realidad" se impone, una posibilidad es renunciar. Sabemos que el duelo (primario) es una parte indispensable del proceso de identificación que permite el crecimiento. Sabemos también que, frente a la pérdida de objeto, terminado el duelo (secundario), el yo se encuentra, otra vez, en condiciones de invertir un nuevo objeto.

Pero esto no quita que el duelo, mientras se está realizando, duela. No quita tampoco que el duelo, siendo un "proceso", requiera, además, de un "**tiempo propio**", que no puede ser "**abreviado**" a voluntad, durante el cual el sufrimiento y la penuria son inevitables.

En la medida que el proceso de duelo es normal, el dolor del duelo no puede sino ser vivido como dolor “psíquico”, ya que como vimos, el dolor “físico” proviene de un ocultamiento defensivo. Entiendo que “el crecimiento del yo” o “la libertad” que este recupera tras realizar el duelo son “el producto” que vale la pena y justifica el sufrimiento del duelo

Pero hay sufrimientos --sea que se presenten como penas (dolores “psíquicos”) o como dolores “físicos”-- que se experimentan no como parte del proceso de duelo, sino que, por el contrario, **se vivencian en lugar del duelo**. En *Un dolor que no vale lo que vale la pena* (Chiozza, 1986) se patentiza que el precio que se paga por evitar un duelo es siempre un sufrimiento, que al final de cuentas siempre es más caro, no sólo porque es un sufrimiento mayor, sino porque además termina siendo inútil. (Más adelante retomaremos el tema del dolor que no vale la pena)

Pero durante el tiempo de la adversidad, cuando nuestras fuerzas parecen insuficientes para materializar nuestros deseos, la única posibilidad no es renunciar, también es posible insistir (Chiozza, 1984a). Y cuando insistimos, también sufrimos. Sin embargo, creo que en el sufrimiento del insistir siempre nos duelen los “pequeños” duelos que tenemos que realizar cuando, por ejemplo, nos “detenemos” para corregir el rumbo. En el preciso instante del hacer, “un interés de otra índole” nos convoca y, así, “aún los dolores corporales más intensos no se producen”.

Entiendo entonces que en última síntesis, **el dolor que vale la pena es el dolor natural e inevitable propio del aspecto normal de los procesos de duelo**.

C) El sentido del sufrimiento masoquista.

Vimos que, en la metapsicología freudiana, el masoquismo se funda en una **ligadura libidinosa**, ligadura que le confiere a la descarga el carácter erógeno. Si ligar es comprender, incluir en una serie psíquica y otorgar significación ¿cuál es la significación del sufrimiento masoquista? ¿En qué serie psíquica se inserta para devenir placentero? O en otros términos ¿Qué teoría **inconciente** sostiene el sufrimiento masoquista?

El masoquismo primario, erógeno, --la pulsión de muerte ligada eróticamente que se descarga en el yo propio-- es un concepto teórico, abstracto o general, que no tiene realidad sino bajo alguna de las formas características de las distintas fases de la evolución tanato-libidinosa. En principio, entonces, en un sentido muy general, el masoquismo es darle un “valor erótico” y de carácter pasivo --acorde a la fase libidinosa que está en juego-- a un sufrimiento inevitable.

Sin embargo, para Freud, ese valor erótico se entrama siempre en las constelaciones del complejo de Edipo y, se trate de varones o mujeres, expresa el **deseo genital de ser amado por el padre**, deseo que conlleva culpa y castigo.

El significado masoquista básico, la teoría del masoquista es: **“papá me ama, por eso me hace sufrir. Me elige a mí para hacerme sufrir porque me ama, soy su preferido, tengo importancia para él”**.

En la perversión groseramente observable que Freud llamó masoquismo femenino, el padre que azota se desplaza sobre el partenaire sexual ocasional, o en otros casos, sobre la persona amada, de quien proviene ahora la orden de sufrir.

Pero la evolución de la fantasía puede conducir a un paso más y llega un momento en que **“el padecer es lo que importa**; no interesa que lo inflija la persona amada o una indiferente. (...) el verdadero masoquista ofrece su mejilla toda vez que se presenta la oportunidad de recibir una bofetada”.

Si ya no interesa tanto la persona amada, que otorga importancia con su elección, si hay un desligamiento del objeto, la regresión masoquista es también una regresión al **narcisismo** (Freud, 1924c). Ahora **es el sufrimiento mismo el que le otorga importancia al masoquista**, de modo que **lo que le importa es sufrir y el sufrir lo hace importante**.

Agreguemos a estos significados los desarrollos que últimamente ha hecho Chiozza en sus seminarios.⁸

El **motivo último** de todo sufrimiento que no vale la pena es, como vimos, la endeblez del yo, en tanto que **la forma** del sufrimiento depende de las defensas que el yo utiliza cuando la integración y el duelo no son posibles.

Para Chiozza hay tres modalidades básicas de defensa.

La manía es una forma de **escamoteo y prestidigitación**. Para quien asume esta actitud no hay daño ni dolor y, naturalmente, tampoco responsabilidad, porque en realidad, para él, “aquí no ha pasado nada”.

La paranoia pretende aliviar el dolor a través de atribuir la responsabilidad a otro. Quien adopta esta actitud no niega el dolor ni el daño, pero al menos pretende liberarse de la culpa y del sentimiento de la endeblez propia mediante el permanente **reproche**.

La melancolía acepta el dolor pero no la pérdida, de modo que utiliza el sufrimiento **como método extorsivo** para **reclamar** al objeto lo que anhela y no puede alcanzar por sus medios.

Estas tres modalidades defensivas marcan diferencias en el modo de ser y de vivir. Sin embargo, son manifestaciones de un fenómeno que, en lo inconsciente, es unitario, por eso suele ser útil ver, tras la cara que se presenta iluminada, aquellas que permanecen en las sombra (Dayén y Funosas, 1995).

Si pensamos que todas las defensas, más tarde o más temprano, conllevan sufrimiento, puede decirse que todas ellas incluyen un aspecto masoquista. Pero este

⁸ Dado que Chiozza no ha escrito las ideas que trataré de resumir, lo que sigue constituye una reelaboración personal del sedimento de lo aprendido.

sufrimiento, en la medida que la intención, la meta no era sufrir, no constituye la esencia del masoquismo.

En el masoquismo son observables significados maníacos (por ejemplo el menosprecio por el daño propio) y significados paranoides (el que hace sufrir es otro). Pero si queremos incluir el masoquismo dentro de las tres formas defensivas descriptas, entiendo que pertenece a la modalidad melancólica. Al igual que en la melancolía, en el masoquismo, el sufrimiento y el daño de la persona propia ocupan en centro de la escena.

Pero surge una importante diferencia que hace a **la especificidad del masoquismo**. En el caso de la extorsión melancólica, **la intención de la defensa** no es en última instancia sufrir. Por el contrario el sufrimiento **es un medio, un método**. Es decir, el melancólico sufre, pero espera un día dejar de sufrir, cuando el objeto le dé lo que él reclama.

Para el masoquista, en cambio, como decía Freud, el padecer es lo que importa, es decir que llegó a ser **la meta, el objetivo, el placer final**, al punto que llega a no gozar nada a menos que lo adorne una cuota adicional de dolor o sufrimiento.

A partir de la fijación “originaria” cada nueva experiencia dolorosa profundiza la huella. Fijado al dolor, lo cultiva con esmero, se entrena cuidadosamente para encontrar la faceta doliente de cada vivencia. Aquello que nos decía Freud: “aun los dolores corporales más intensos no se producen si un interés de otra índole provoca distracción psíquica” parece ser la contracara de un saber ancestral e inconciente del masoquista, quien parece pensar: “aun los dolores y sufrimientos menos intensos alcanzan relevancia si el interés se concentra en él”.

Así, el sufrimiento ajeno le recuerda su pena y la alegría del otro, por contraste, la resalta. La miseria contemplada agiganta su dolor y el paisaje más bello le sirve de marco. No tolera que nadie minimice su penuria y compite, entusiasta, proclamando penas y esfuerzos para mostrar, con goce, que el sufrimiento propio es el mayor.

Esta descripción de trazos gruesos y tintas recargadas no tiene la intención de llevarnos a ver al masoquista como un extraño.

La intención de este trabajo --y según creo, la intención de Chiozza cuando enseña lo que aquí intento resumir-- es más bien poner blanco sobre negro para ver con nitidez, en el espejo del semejante, el significado de nuestro “normal” y cotidiano sufrimiento masoquista.

La patología --dice Freud (1933a)-- ***nos ha prestado siempre el servicio de darnos a conocer por aislamiento y exageración constelaciones que en la normalidad habrían permanecido ocultas.***

BIBLIOGRAFÍA

BERNARD, Michel (1989)

Leopold Sacher-Masoch, Circe Ediciones, Barcelona, 1992.

CHIOZZA, Luis (1963)

Psicoanálisis de los trastornos hepáticos, CIMP, Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, Luis (1975f)

El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo, *Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1978.

CHIOZZA, Luis (1976a)

Prólogo y epílogo a la primera edición de *Cuerpo, afecto y lenguaje, Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980.

CHIOZZA, Luis (1978b)

Hacia una teoría del arte psicoanalítico. Estudio de un episodio en la relación Dora-Freud, *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980

CHIOZZA, Luis (1984a)

En la búsqueda de los principios del vivir en forma, XV Simposio del CIMP.

CHIOZZA, Luis (1986)

¿Por qué enfermamos?, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1986

CHIOZZA, L. LABORDE, V. OBSTFELD, E. Y PANTOLINI, J. (1965a)

Estudio y desarrollo de algunos conceptos de Freud acerca del interpretar, *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980.

CHIOZZA, Luis y colab. (1992g)

Una introducción al estudio de las claves de inervación de los afectos, *Los sentimientos ocultos en...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1993.

DAYEN, E. y FUNOSAS, M. (1995)

"Apuntes sobre las defensas", presentado en el CCMW , 1995.

FREUD, Sigmund (1905d)

Tres ensayos sobre una teoría sexual, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1912-13)

Tótem y tabú, en *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1914c)

"Introducción del narcisismo", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1915c)

"Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1919e)

"Pegan a un niño", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1920g)

Más allá del principio de placer, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1923b)

El yo y el ello, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1924c)

"El problema económico del masoquismo", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1926e)

¿Pueden los legos ejercer el análisis?, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1930a)

El malestar en la cultura, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1933a)

Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1940a)

"Esquema del psicoanálisis", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1950a)

"Proyecto de una psicología para neurólogos", en "Los orígenes del psicoanálisis", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1968)

Diccionario de Psicoanálisis, Editorial Labor S.A., Barcelona, 1971.